AÑO XIX. — Nº 910.

EL DIA

MONTEVIDEO, JUNIO 25 DE 1950.



JURA DE LA BANDERA

(Fotografía Juan Caruso)

Entre las numerosas ceremonias realizadas conmemorándose la efeméride de la fecha del nacimiento de Artigas, el día 19 de este mes de junio, se destacó por su significado el de la jura de la bandera en los establecimientos escolares, correspondiendo esta nota al de la Escuela Venezuela, donde se efectuó con gran brillantez.



Las atletas de Juan Lacaze, antes de intervenir en la excelente exhibición deportiva con motivo de la visita de los teams del fútbol uruguayo al Campeonato del Mundo.

LA SELECCION DE FUTBOL al CAMPEONATO MUNDIAL

ANTES de partir hacia Brasil para afrontar las luchas que originará la disputa de la copa del Mundo, los futbolers compatriotas efectuaron visitas a localidades del Interior, respondiendo a gentilezas emanadas de las mismas y también al afán de continuar los ensayos que contribuyan al mejor adiestramiento del equipo.

La excursión final del seleccionado uruguayo fué cumplida a Juan Lacaze, en cuyo hermoso estadio, ante la asistencia de unas seis mil personas, se desarrolló un magnífico espectáculo deportivo.

Desde hace unos años, el Club Cyssa, con la cooperación de Campomar y Soulas, viene ofreciendo al ambiente del Interior, y sobre todo de Colonia, un considerable aporte en cuanto al solaz que determina la cultura física.

Un bullicio especial inspiró la presentación de los equipos nacionales, realizándose, al par que fútbol, distintas demostraciones de educación física, como también pudo constatarse la importancia de los centros sociales de aquella zona.



Los protagonistas de los partidos antes de iniciarse los mismos.



En calidad de abanderada, la señorita Norma Morales, brillante atleta, auténtica expresión de Juan Lacaze y Colonia.



Una espléndida **demostración** de salud y belleza fué el desfile de atletas de Juan Lacaze

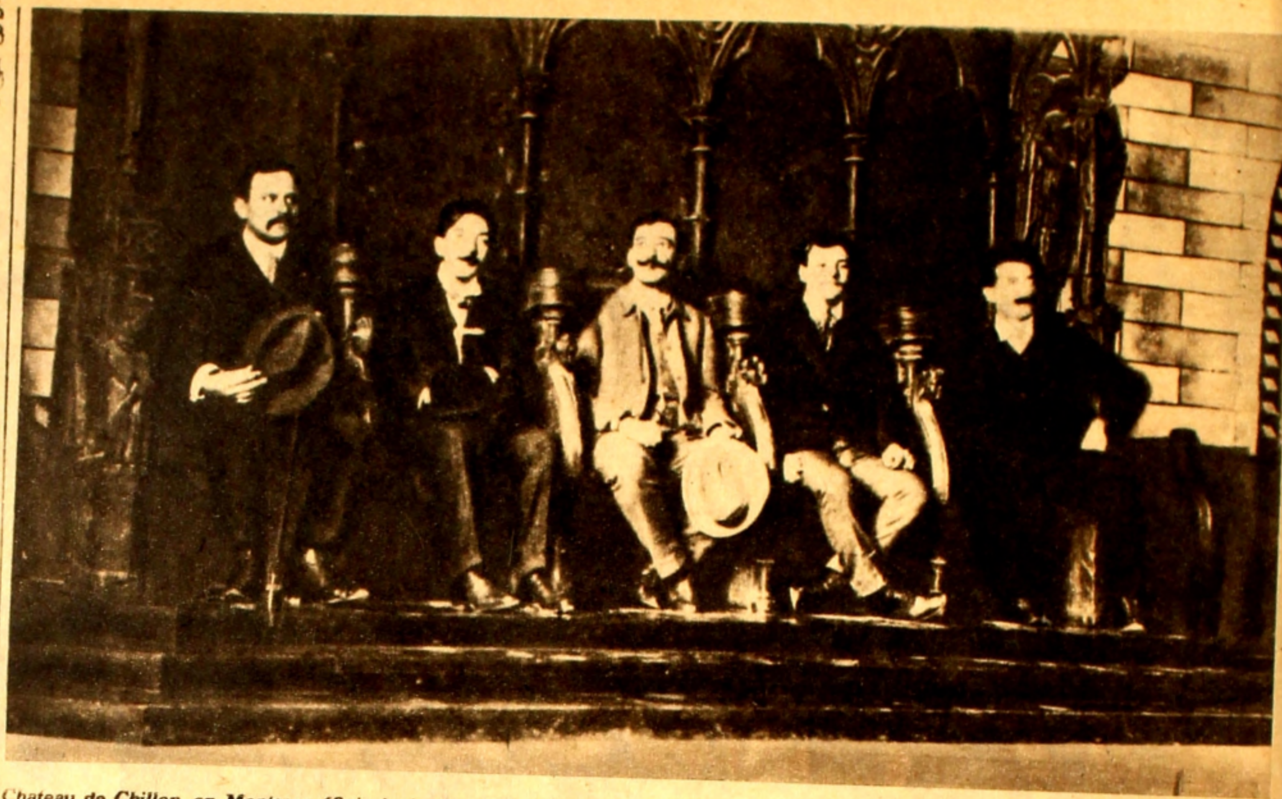
Los conjuntos de Juan Lacaze y la selección nacional.





La selección uruguaya a la disputa de la Copa del Mundo, en su presentación en el estadio Cyssa de Juan Lacaze.





Chateau de Chillon, en Montreux (Suiza), donde vivió su destierro Víctor Hugo. De izquierda a derecha: Alfonso Brocqua, Carlos de Fuentes, Miguel Jaume Barceló, Eduardo Fabini, y Pedro Blanes Viale.

PARA LA ICONOGRAFIA BIOGRAFICA DE FABINI

EDUARDO FABINI realizó su primer viaje en el año 1900: "dejé mi país, abandoné mi campo, huí de mi bravío nido serrano"... dijo en un reportaje que le hiciera su conterráneo Santiago Dossetti, escritor entre los de pro en nuestra literatura. Fué al Conservatorio Real de Bruselas, donde vivió tres años estudiando con el ilustre César Thompson perfeccionando sus conocimientos de violín, alcanzando a ser "Primer Premio" del ciclo en la ilustre casa. Cuando las clases terminaban — recordó en el reportaje a que nos referimos — Fabini se refugiaba en su habitación, "patria de cuatro por cuatro, enclavada en plena Bélgica, en un barrio pobre de la ciudad". Allí tenía su confidente, la guitarra, y llevado por la nostalgia ejecutaba ritornellos de los motivos camperos a los que la distancia y la melancolía daban una fuerza de expresión que encendían su nacionalismo, empezándolo a desentrañar en sus primeros "tristes", gemidos de su tierra que cantaba solo y huraño para que le alentaran el corazón.

Volvió a Montevideo en el año 1903 acompañado de su querido maestro con el que se presentó en el teatro Solís, ejecutando el concierto a dos violines de Juan Sebastián Bach, obteniendo aquel éxito clamoroso que tanto se ha recordado en las oraciones y en las necrológicas. Y luego volvió a refugiarse en su serranía minuana.

En 1905 volvió Fabini a Europa, llevado otra vez por la nostalgia de su viejo maestro, refugiándose nuevamente en Bruselas, haciendo algunas excursiones a los viejos centros de cultura musical. A esa época corresponden estas fotografías que nos ha procurado la cortesía de Miguel Jaume Barceló, para unir a la nuestra su ofrenda de homenaje al maestro del que se ha cumplido un mes de su desaparición, dejándonos empero una obra musical imperecedera...



Eduardo Fabini, Pedro Blanes Viale, Miguel Jaume Barceló, en los Alpes (Suiza).



El escultor Juan Manuel Ferrari, autor del famoso monumento al Paso de los Andes; del de Lavalleja, en Minas; del de Las Piedras; artista al que habrá que rememorar alguna vez en toda su magnitud, y a quien visitaron los jóvenes compatriotas en su estudio de Roma.

ANGEL FALCO

LA gota y la piedra. La gota y el lago. La gota y el océano. Lo pequeño, a veces lo infinitamente pequeño, ya por roce, ya por suma de moléculas, ya por azar, ora ataca, ora produce, ora se encuentra con lo grande.

El agua domina el panorama. Tierra, piedra, arena, son límites quizás despreciables. La misma arena no es más que la piedra vencida por las fuerzas del mar. Nuestra rambla hacia Carrasco, nuestra maravillosa rambla hacia Carrasco, no es más que eso: la atracción del mar. La obsesión del mar, que subestimamos hasta hace pocos años, porque lo teníamos tan cerca. Que a veces las cercanías alejan. Y dejemos a los técnicos la dicusión sobre lo de río o estuario, que no interesa para el caso. De una u otra manera, es triunfo del agua, que ha vencido en sí misma y en nosotros. Allá lejos, hay como un imán dentro del símbolo. Hay un hombre que ha sublimado el agua. Yo no lo sabía. Pero esta tarde me atrae. Y voy. Voy en busca de lo más pequeño. Voy a solicitar un



El revolucionario de 1910. Caricatura de "Carolus", Hermenegildo Sábal.

simple dato, para la historia del teatro cordonense. Eso es la anécdota. El motivo equis, sin importancia. Lo esencial será el hombre que ha espiritualizado el océano.

Allá en un lugar perdido de Carrasco, vive sobria y modestamente un buen señor que viste campera de cuero. Para muchos, no será más que un vecino. Posiblemente, un buen vecino. Es cierto que no tiene aspecto de un simple burgués más. Que hay aún algo de aspecto ciranesco en su andar. Que su mirada, con la modificación que imponen fuertes dioptrías, dice muy poco de lo que es común y corriente. Pero esa su vida soledosa y apartada del mundanal ruido, puede llevar a confusiones. Lo que posiblemente a él lo satisfaga. Porque en ese su apartamiento hay mucho de consciente. Probó la vida en toda su amplitud. Recorrió los más variados ambientes. Y el mar, el agua está muy cerca. Apenas a tres o cuatro cuadras.

Ese vecino de la calle Pablo Podestá — casualmente el gran actor criollo de 1910 — es nada menos un hombre que para mi representaba sólo la reviviscencia del 1910 nuestro. Ese 1910 de las inquietudes, sobre el cual ya he sintetizado mi fe y mi entusiasmo. El 1910 de Leoncio Lasso de la Vega y de Herrerita y de "Bohemia". Ese hombre que para mí era sólo historia, es Angel Falco. Aquel tribuno satánico para muchos, que electrizaba a las multitudes con arengas icáricas, ayudado por las alas de avión primitivo de su enorme chambergo negro y la hélice de sus corbatones y el movimiento de sus largos mostachos y su melena renegrida. Aquel Angel Falco que había sido, para asombro, nada menos que teniente instructor de guardias nacionales e integró fuerzas de 1904. El iniciado en actividades de milicia cuando en la etapa quinceañera fugó de su hogar de la entonces calle Aldea, con el fin de engrosar las huestes motineras del 4 de julio y que, de aventura en aventura, llegó hasta el mismo cuartel sublevado de la plaza Artola. Aquel que había dirigido "La Racha" y "El Pueblo", con la compañía de Herrerita, Lasso de la Vega y Julio Barcos. Aquel que había hecho lo propio con "Proteo". Aquel que había entonado "La Leyenda del Patriarca" y el canto A Cháver. Aquel que se batió en Buenos Aires con Gómez Carrillo, y luego se reconcilió, por lo cual su adversario de antes le autografió una fotografía, y que hizo de padrino en un duelo de Baltasar Brum, su gran amigo. Ese *era* Falco. El mismo de los versos fuertes y sensuales — sensualísimos — de *Vida Que Canta* y de *Cantos Rojos*, perjudicados éstos por el mal gusto de los dibujantes de Maucci. He dicho: *era*. Porque mi generación llegó a conocerlo apenas por sus libros y por el recuerdo de sus buenos amigos. Y las generaciones posteriores sólo sabrán de él por esa fotografía tantas veces publicada en que aparece en el "Polo Bamba". Después, el alejamiento. El cónsul y el encargado de negocios aparentemente habrían matado al poeta y, desde luego, al revolucionario. Así podía haberse escrito la historia. Pero a veces, como he dicho, causas pequeñas llevan a los grandes hallazgos. Le estoy agradecido a la búsqueda anecdótica, porque me he encontrado que Falco no es sólo historia, no es sólo ese recuerdo que acompaña como una sombra a su presente. Es ayer y es hoy. Y seguramente tiene mucho de mañana.

A pesar de lo que he dicho de que no es un burgués común, cuesta advertir en el Falco de hoy a todo lo que se [illegible] Falco pretérito. Cuesta leer en esa melena blanquecina y raleada, sus himnos libertario, sus "toques de carga". No porque esté avejentado en exceso. Que aún está casi militarmente erguido. Sino por su suavidad y sus maneras de gran caballero. Cierto es que su generación fué de hombres bien educados hasta en la violencia. Lasso, con toda su bohemia, era un caballero de antigua estampa española. He conocido a otros intelectuales de la época, intachables en sus procederes, vestimenta y maneras. Pero, con todo, resulta difícil unir aquella pseudo peligrosidad para el pacaterío de principios de siglo, con esta fineza de guante blanco que caracteriza al hombre hoy carrasqueño. Su voz, si bien muy masculina, como todo él, es también suave. Sus movimientos, no electrizan por cierto. Es la plena madurez de un ser de excepción, que ha podido salvarse, precisamente, por su culto del espíritu y de lo espiritual. Y así resulta tan acogedor, que uno está buscando por momentos la aparición del león, y no la encuentra. Pero, esperemos.

¿Son muchas las personas de este ya ecuménico Montevideo, que conocen el tesoro mejicano que hay en Carrasco? Piedras, maderas, cueros, cocos, trenzados, aperos, espadas, ídolos, sarapes, alhajas... Color, color, color. Toda la industria del maya y del tlazcalteca, toda la imaginación maravillosa de los calendarios, todo el efluvio bárbaro de aquellas religiones primitivas, todo el encanto de un pasado de realidad y de leyenda. Falco abre arcas, mueve estantes, saca a relucir tesoros. Y explica, explica mucho, con esa su verba que matiza y cromatiza el relato, en el que se suma su conocimiento de los mínimos aspectos de aquellas costumbres muy lejanas para nosotros, los menos indigenistas de América, y hasta difíciles por los nombres surgidos de lenguas tan complejas. Falco revive esa sombra de su recuerdo. Y lo va conduciendo al oyente a través de sus viajes, de tal manera, a pesar del desorden natural impuesto por la explicación de cosas tan disímiles, que parece que se le acompaña por Yucatán o por Tenochtitlán. El hombre del Sur ha entrado, se ha sumergido por la vía del agua, por el "leit motiv" del agua, en este caso sanguínea, en el mundo interior del indígena norteño.



Con un indio, en las fiestas de Teotihuacán.



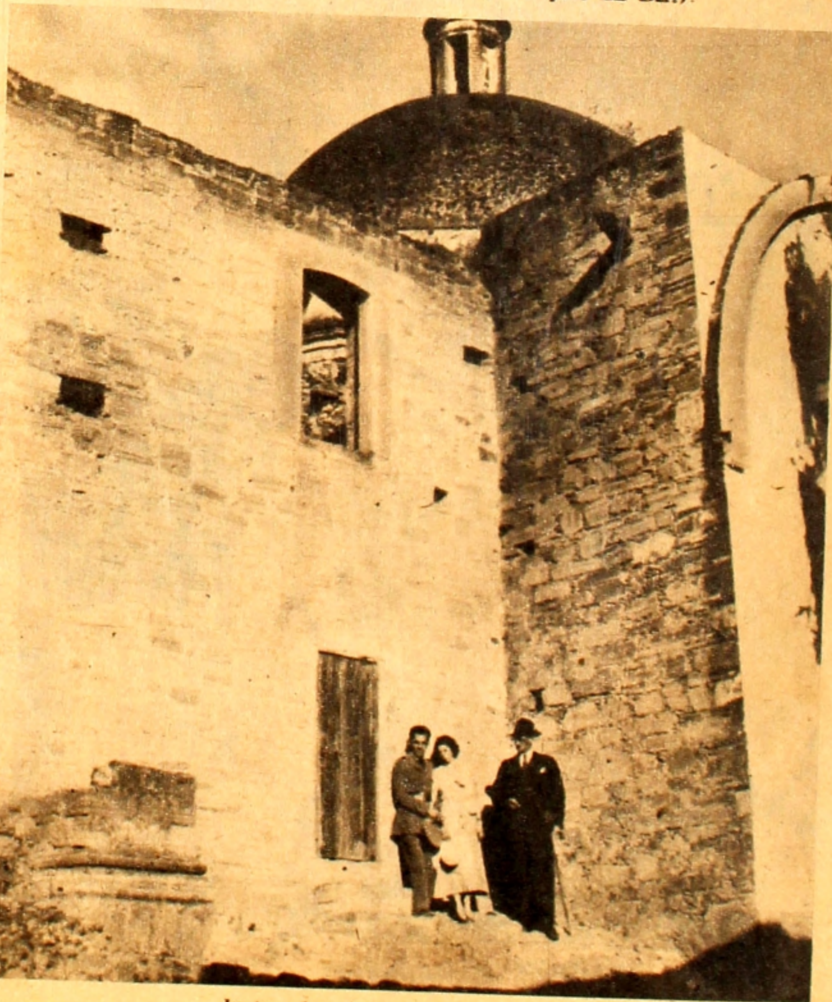
Con campera de cuero, como en la actualidad, acompañado de lindas mejicanas y de diplomáticos, en Taxco. 1937.

Segundo tramo del hallazgo: la biblioteca. Para elogiarla, faltan en el diccionario los adjetivos. Y quien sabe lo que son incunables, me darán la razón. Esas encuadernaciones preñadas de centenarios, cuyos lomos, al contacto con tantas manos, han ido tomando aspectos cordilleranos. Un lujo no previsto para esa tarde de fiesta, fué tener en las manos la edición príncipe de la *Crónica de la Nueva España*, del famoso Bernal Díaz del Castillo. O esa serie de constituciones franciscanas. O nada menos que uno de los primeros tomos salidos de las imprentas de la conocidísima *Poética de Luzán*, ya más cercana a nuestro tiempo. Y atlas viejísimos. Y crónicas y reglamentaciones de todo tipo. Frente a ello, se siente esa emoción especial que produce visitar la biblioteca cervantina del señor Xalambrí o aquella, increíble, de una noche, que en casa del escribano Firpo me senté en un sillón de antigua estampa, rodeado de las ediciones príncipe de los libros de caballería que enloquecieron a Don Quijote.

Llegamos finalmente, a una pieza humilde. Frente a la ventana, un escritorio pequeño. Allí se sienta todas las mañanas Falco, y escribe. Sí, lo que creía para mi mal que era sólo historia, es presente. ¡Y qué presente! Falco tiene alrededor de ciento cuarenta libros inéditos, de verso y de prosa. Y frente a sus originales, aparece el buscado león. No se piense que haya desorden bohemio en biblioteca y manuscritos. Todo lo contrario. Hay allí un magnífico cromatismo clasificatorio. En carpetas de tamaño igual, se ordenan las obras inéditas por el colorido. Allí hay verde, hay rojo, hay azul, hay amarillo. A cada tema psicológico, corresponde un colorido adaptado por simbolismo. Y cuando Falco quiere leer al visitante, ya una composición erótica o un trozo de épica prestancia, la atracción del color lo guía, como el más perfecto hilo de Ariadna para no perderse en lo que pudo ser un laberinto de papeles, ya enormes trazos de letra, ya escritos a máquina. Ahí está, como muestra, ese intenso poema americano de "La Garza Blanca". Falco lee trozos. Su voz va cobrando acentos y matices. Se ve todavía al ácrata, pero un ácrata nazareno. Un ácrata místico del dios América. No es el español ni el indio ni el genovés que lleva en su sangre — explicación quizás de esa obsesión por el agua — lo que surge de sus versos libres. Es América. Pero... es Universo, también. Lee, y uno se aleja hasta los aedos. Tiene muy poca vista, y dicen que Homero era ciego... Esos ojos enormes, empequeñecidos por el también enorme aumento, pero que cambian en dimensión, según el ángulo y la luminosidad, asumen todas las actitudes psicológicas. Falco sigue leyendo. Y uno tiene la sensación de que está escuchando no sólo al león, sino a una realidad esencial poética del continente.

J. C. SABAT PEBET.

(Especial para EL DIA).



Junto a los viejos muros de Tlazcala.



Una india, representativa de esta isla de sol, en la plaza Fraternidad, de La Habana.

ARTIGAS EN LA HABANA

PARA los viajeros que pasan por La Habana — más si son extranjeros y más aún si son diplomáticos y artistas — nuestra Plaza de la Fraternidad ofrece un tema de permanente interés. Es la acrópolis del panamericanismo. Al pie de una ceiba, símbolo de la hermandad de nuestras patrias, se confunden tierras y aguas americanas.

Un día, hace ya muchos años — el 24 de febrero de 1928 — se reunieron altos representativos de América para rubricar con la presencia ideológica de sus pueblos el hecho trascendental. Una ceiba histórica ,sembrada el 20 de mayo de 1902, cuando surgió a la vida oficial la República de Cuba, fué transplantada a uno de los lugares más céntricos de la capital cubana. Allí su ramaje se extendería a los cuatro puntos cardinales para el abrazo espiritual del continente. Allí juntaron sus esencias telúricas Chapultepec y Mount Vernon, Ayacucho y San Lorenzo, Ipiranga y La Demajagua, etc. Cada nación envió un poco de su entraña sagrada, carne terrígena santificada por el heroísmo y aureolada por la esperanza. Nunca un árbol se irguió sobre gloria mayor. Lo que se soñó allí, lo que allí se dijo, quede para el espejo de la Historia. Pero la síntesis de la suma armoniosa vibra en el anillo de bronce que rodea la ceiba. Es el mensaje de José Martí, zahorí de horizontes: "Es la hora del recuento y de la marcha unida y hemos de andar juntos, como la plata en los Andes".

Otro día, años más tarde, el regalo de un busto de Benito Juárez — que la ciudad de México hizo a la ciudad de La Habana — sirvió para iniciar la broncínea guardia de próceres de América. Una esquina de la plaza brindó adecuado sitial a la imagen del indio mexicano que salvó y refirmó la independencia de su tierra frente a equivocados sueños imperialistas. Luego, naturalmente, otras figuras señeras añadieron sus prestigios: Lincoln, Bolívar, Petion, Artigas...

Al cumplirse en este 1950 el primer centenario de la muerte del fundador de la patria uruguaya, ¿cómo no recordar la hora radiante en que cielos cubanos ampararon con su palio de luz el busto de José Gervasio Artigas, Protector de los Pueblos Libres? Hace mucho tiempo — veinte años, apenas nublados en la mirada del recuerdo — vi el medallón de José Martí, en una calle del barrio de Pocitos, en ese Montevideo "ciudad de flores, flor de ciudades" como dijo Rubén Darío. Aquello conmovió hondamente mis fibras anímicas. Cuba está presente, en la eternidad del bronce, a la orilla del río ancho como el mar. Entonces pensé: —Un día, en una plaza pública de esta capital, se alzará el busto del poeta libertador. Y pensé más: —Un día, en La Habana distante, se erguirá el patriarca uruguayo que con el simple ejercicio de la libertad ni ofendía ni temía... Acababa de contemplar su estatua. Aquel pensamiento, una ráfaga de americanismo, se remansó en mi espíritu en espera de la ocasión favorable.

Tiempo después, tuve en mis manos la oportunidad. Ya se había iniciado el diálogo de forjadores. Ahí estaban Juárez, Lincoln, Bolívar... Recientemente se había alzado — por iniciativa mía en un Congreso Histórico Municipal — el busto de Petion, el haitiano amigo del héroe de Boyacá. Ahora vendría Artigas, porque Uruguay — al que Martí consideró como segunda patria — está cerca de Cuba, en la geografía inefable del cariño. (Para mí, más cerca aún, en la comunión de vida e ideal).

¿Y dónde mejor que en la Plaza de la Fraternidad, junto a los otros creadores de naciones? Se inició la correspondencia con Montevideo. Y un sembrador de Artigas en América, Edgardo Ubaldo Genta, general del ejército y de la poesía, hizo lo demás. Lo demás no era tarea fácil. Pero Genta está saturado del cosmos americano. Rápidamente, como en órdenes militares, movilizó energías y puso lo mejor de sí mismo en la suma necesaria. Con la contribución de colegiales se fundió el bronce.

Con la cooperación del Ministerio de Relaciones Exteriores se hizo el traslado a Cuba. Así, el obsequio tuvo carácter oficial. Me complace decir que, sin el apoyo del General Genta, no se hubiera logrado el propósito. Desgraciadamente no pudo participar del momento solemne de su inauguración.

Una mañana inolvidable, la del 21 de setiembre de 1945, fué descubierto el magnífico busto de Artigas, obra del escultor Edmundo Piatti. La más destacada representación del Gobierno asistió a la ceremonia. Desfilaron marcialmente nuestras tropas. Cubanos y uruguayos exaltaron al patriarca del Sur. Y niños de las escuelas públicas cantaron las estrofas inmortales de Acuña de Figueroa:

> *"Libertad, libertad, orientales,*
> *este grito a la patria salvó;*
> *que a sus bravos en fieras batallas*
> *de entusiasmo sublime inflamó..."*

Así vive Artigas en Cuba. Se yergue su imagen en sitio preferente de nuestra capital. La Plaza de la Fraternidad, aledaña al Capitolio, fué siempre un lugar de convergencias urbanas. En los tiempos de la Colonia, fué el famoso Campo de Marte, teatro de fastuosas fanfarrias españolas y de vistosas paradas militares. En 1837, el buen gusto del Conde de Villanueva hizo levantar en uno de los extremos del parque un bello motivo ornamental, la Fuente de La India o de la Noble Habana, representativa de esta tierar ahita de sol, obra del italiano Giuseppe Gaggini, y que ha cambiado varias veces de ubicación.

Años después, en los primeros de la República, bajo sus árboles se cobijó un zoológico de reducidas proporciones, pero lo suficientemente atractivo como para recordarlo con nostalgia los que andamos un poco más allá de los cuarenta. En 1926, bajo la fiebre constructiva del gobierno de Machado, fué transformado totalmente, abriéndose avenidas a través del mismo. Hoy es, lo acabamos de ver, un templo al aire libre para el culto de América.

Como una contribución al centenario artiguista, he traído al plano de la actualidad esta evocación de un día uruguayo bajo el sol de Cuba. El mar separa; pero la historia une. La distancia despliega su velamen; pero la voluntad funde las lejanías. No hay tierras antípodas en el mundo moral de América .Es cierto que algunas veces — ¡pecado de lesa americanidad! — las fronteras hermanas se han erizado de fusiles. Es cierto que en algunas ocasiones la incomprensión de las cancillerías o intereses bastardos que no debían aflorar a la superficie, han puesto en peligro la paz de nuestros pueblos. Es cierto; pero la guardia de los guiadores no es una estéril vigilancia. Ellos mandan desde su broncínea mirada. Ellos viven en el inmaculado insomnio de sus mármoles. Nos incitan a juntar hombro con hombro, bajo el iris de las banderas fraternales...

Así Artigas en La Habana es un lazo de hermandad cubano-uruguaya. Así, Martí en Montevideo es un "¡presente!" a la llamada del hemisferio occidental. La significación de este intercambio sentimental rebasa los límites de un artículo. Lo que en América puede — y debe — hacerse, es inconcebible en Europa. ¿Alguien imagina estatuas de figuras nacionales más allá de sus fronteras? Allá el odio alza murallas

Tierra y aguas de América al pie del Arbol de la Fraternidad, sembrado con tierras de 21 naciones de América, en el Parque Fraternidad.

chinas y los límites equivalen a barriles de pólvora. Para nosotros, hijos del continente de todas las posibilidades, la visión es distinta. Un poco más y llegaremos a la ciudadanía continental.

La presencia de Martí en Montevideo es una confirmación. Uruguay siempre tuvo predilección por nuestro Apóstol. Se hizo representar por él en el Congreso Monetario de Wáshington. Le designó Cónsul en Nueva York. Ha dado su nombre a una calle. Ha publicado una selección de "La Edad de Oro" para los niños uruguayos. Eso es solidaridad americana.

Por encima de tiempos y de espacios — esos dos grilletes que nos atan al mundo físico — se alarga el ala azul del pensamiento .Ambos héroes reciben el testimonio de respeto de la ciudadanía alerta. Son dos afirmaciones de un destino común y de una luminosa esperanza.

Al recordarlos, en el hilo de voz de un artículo, el espíritu hace votos por la feliz consagración de los propósitos que alentaron sus vidas: una América grande en un tiempo mejor.

Andrés de ***PIEDRA-BUENO.***

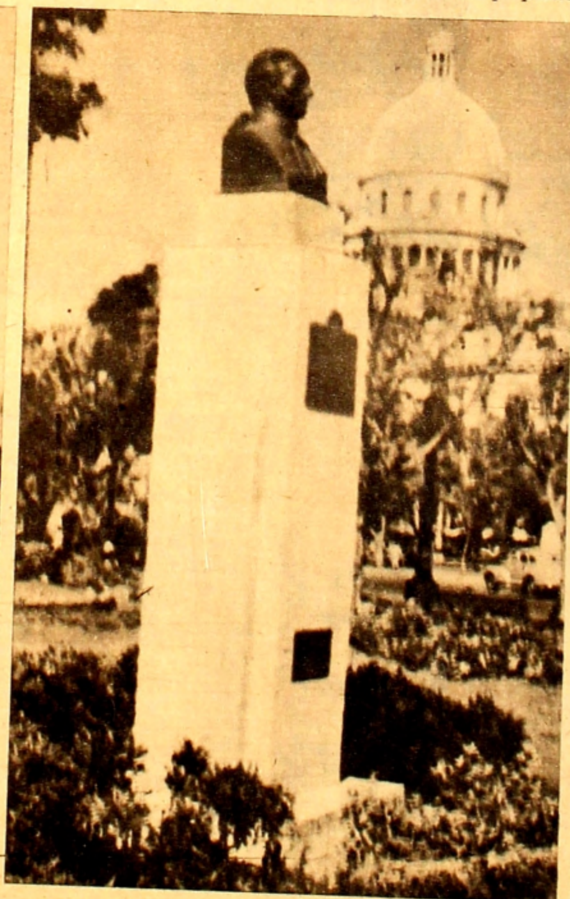
(Especial para EL DIA).

La Habana, mayo 1950.

(Fotografías de la Corporación Nacional de Turismo. Cortesía).



Martí en Montevideo, une pueblos distantes...



En lo más céntrico de la capital cubana, se yergue el busto de José Gervasio Artigas, obra de Pratti.



Bolívar dialoga con el héroe de Las Piedras.

CUANDO el impresionismo musical emprende, con Manuel de Falla, la tarea de expresar con sonidos la cualidad particular de los jardines andaluces, no está, en rigor, extralimitándose de sus posibilidades en el plano sonoro, sino incidiendo en una característica que es propia y muy señalada de los lugares que busca como motivo descripto.

La construcción y la geometría imponen poderosamente su tónica en la concepción de Versailles o de Bobboli, en Florencia, para concretar esos porqués en una elocuencia barroca que se normaliza en el infinito matemático; pero en la Alhambra, el Generalife, el Alcázar de Sevilla o el Parque de María Luisa — muy posterior —la lógica humana se afina y desmenuza y surge como cánon marcado, la gracia, que está en el color, el sonido y el perfume. El jardín adquiere, así, una intimidad compleja y embriagadora, que no se da, entonces, tan sólo, por sus dimensiones, por la variedad de los verdes y lo sorpresivo de los rincones que alberga, sino especialmente en la viva y permanente presencia del gorgoteo de las fuentes, del correr del agua por los canales, del canto de los pájaros, del perfume que invade el ambiente. Esta deliciosa variedad, este nervio, este espejeo y cambio, hacen musical al jardín y justifican su transposición, sin esfuerzo, al poema sinfónico.

No extrañe que al analizar atributos, hayamos contrapuesto, de inmediato, estos jardines árabes o arábigo-andaluces, a las concepciones similares de Francia e Italia. Es casi tradicional en las apreciaciones generalizadoras sobre el tema, buscar lo positivo, a través de distingos. El contraste de estas concepciones es tan evidente y marcado que invita a la comparación, en busca de flagrantes consecuencias. El expediente es fácil, pero no puede llevar a jerarquizar valores, sino aspectos y condiciones, pues siendo éstos tan diversos, ocurrirá siempre que la inclinación natural de aquel que los juzgue motivará sin más fundamento, los juicios.

El jardín es, también, arquitectura; el juego de los espacios se da en él, pero la llamada "obra muerta", lo que es estructura y definición material del edificio, es, allí circunstancia o ayuda para magnificar sus elementos, y éstos se dan, principalmente, en lo que tiene, constructivamente, aspecto menor: el pavimento, la terraza, el brocal, el murete. Su lenguaje —rico lenguaje que Manuel Kant entendía como legítimamente artístico — se expone por el desnivel del árbol, el seto, el estanque, la estatua, la flor. Materiales sutiles, es cierto, pero sólo aparentemente menguados, con los que puede alcanzarse desde la expresión íntima y delicada, hasta la augusta y grave. El jardín es artificio que involucra a lo natural: creación del hombre cuya voluntad rige la fuerza rica de la planta y el agua o saca partido de sus cambios, ya sean éstos previstos o no.

Y en vía de comparaciones —arteramente justificadas líneas más arriba— hagamos un poquitín de historia.

Cuando las ideas de Rousseau, se adoptan parcialmente en Palacio, se construye para María Antonieta, en el recinto de Versailles, el llamado "Petit Trianon". En los nuevos jardines que integran la obra, se pretende formalizar una naturaleza espontánea, consonante con alguna tesis del pensador aludido. La curva sucede a la recta, el montículo al plano; los árboles se salpican en grupos heterogéneos. Pero, no obstante, el conjunto es teatral. Se desarrolla una inmensa escenografía que se escurre por los senderos y se hace patente en los edificios —juguetes a escala natural— que pretenden una torpe campechanía. Grutas, templetes arcádicos, un molino, un "hameau", un granero y otros atributos de la granja con pinturas simulando desconchados falsos de los paramentos o inexistentes estructuras de madera. La galana cortesanía del fin del siglo XVIII juega atolondradamente a los campesinos y esa cualidad forzada se nutre de espejismos toscos. La espontaneidad resalta como preconcepto formal y así resulta una unidad escénica, sin la condición definitoria de la pura decoración teatral. Al lado del Versailles de Luis XIV —geometría de escala sobrehumana— el pequeño Trianon se encoge afirmando torpezas. Es que la naturaleza no puede domesticarse impunemente. O se hace con empuje absoluto, audaz, concreto y la grandeza cabe, entonces, en la magnificación de lo natural —hacia uno u otro lado—, o se evidencia el quiero y no puedo



Granada. El camino de agua en el Generalife.

JARDI

por la traición triunfante del volu
elemento vegetal.

Los ingleses, por su parte, han
sortear este escollo, dotando a su
leza "cívica" de un sentido humano
ennoblece. Y así, cuando, en Hyde
sueltan manadas de ovejas, lo idíli
asunto está claramente sustentado
lógica que lo motiva —mantenimien
césped— lo que, fortaleciendo abier
te el hecho práctico, debilita la presu
pretensión teatral.



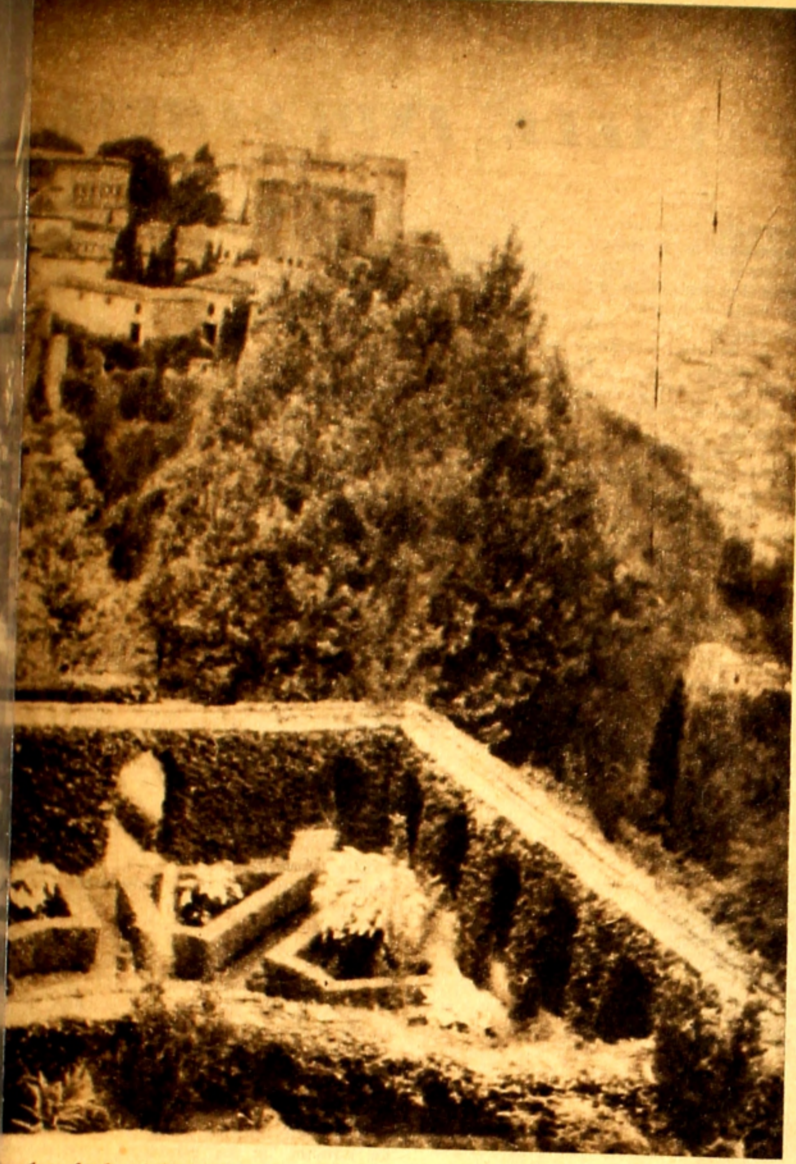
La casa de Falla, en la colería de la Alhambra.



El Generalife y las lejanías granadinas, a través de los cercados.



La fuente de



...ambra desde el Generalife; en primer plano, los jardines en terraza de este último.

JARDI... ANDALUCES
...OTROS JARDINES

...i el peligro del naturalismo es tan ... cuando se está trabajando en el ... al incidir en él, se alcanza un ...mo delicioso que, en los jardines ... de Andalucía, llegan al embrujo. ...sión realizada nos coloca, con ba...es, nuevamente, en el clima de ...ema básico.

...ol, el arbusto y la flor; los sende...entes, las acequias; todo se resuel...ocura de una conformación clara, ...sión de naturalismo y sin anécdota. El hombre del desierto ama el oasis, ama la calma, el agua, el pájaro, el perfume; ama el color variado, las formas sorpresivas. Pero justamente lo que ama y lo que hace para su placer, no es su naturaleza; por el contrario: crea según su libre voluntad el ambiente que desea. Su fecunda imaginación compone, así, una jardinería múltiple y riquísima de espacios reducidos que se suman en los encorzos perspectivos que permiten los desniveles.



...a d'Este.

El árabe explota, así, en la jardinería, toda la emoción plástica que no puede desarrollarse, sino limitadamente, en la pintura o la escultura. Su agudo sentido de la decoración, refugiado en una arquitectura que repugna sin esfuerzo a los lógicos de la construcción, y que se magnifica en la geometría y en la letra, encuentra escape vigoroso en el fértil y cambiante camino del jardín donde acentúa la variedad que el mismo le permite.

En el Generalife, se suceden los desniveles, en planos y caminos, y a través de los cercos que la vista evade en lo alto, se suman las cercanías arboladas, a la creación del hombre. La masa rojiza de la Alhambra vecina pone una nota sostenida.

La flor, y el hombre del desierto, necesitan el agua. Y el agua salta en las fuentes. Pero las fuentes son pequeñas, amables y no se da, en ellas, la potencia estruendosa de los juegos líquidos de Villa d'Este, en Tívoli, cerca de Roma. Busca, en cambio, la persuasión de lo menudo, de lo que no se evade de la propia condición del hombre. Y el agua no es sólo ornamentación; es, también, frescura para el cálido ambiente de la tierra granadina. Por eso, corre por los senderos y se sucede en las escaleras. El visitante siente, entonces, que lo acompaña en su deambular, el rumor cantarino de este fluir permanente. Al descender las escalinatas, se desliza con él, por la parte superior de los barandales, el sonido colqueante y cantarino que porta el líquido al correr por la media caña de cerámica que corona el murete. En los caminos, grandes o pequeños, continúa ese ritmo embriagador. Y en la gran alberca, que une los dos cuerpos del edificio, el espejo acuático se individualiza al limitar un espacio que lo contiene, espacio no usable, que une las arquitecturas y que permite la vibración de la recta por el salpicar de las parábolas de los chorros que lo marginan, los que, asimismo, organizan un nervioso esfumado de la verdura.

Y el agua es además de sonido, color. Y profundidad. Su superficie refleja todo lo que la rodea, y el cielo, además. Este circunscribe extrañamente, por todos lados, el lugar y tiñe así al extraño pavimento no usable, de nubes, de encarnaciones, de tormentas.

El jardín árabe es musical, sin pretender serlo. Pero es más aún pues todos los sentidos se asocian para gozar esta exquisita creación de una suavidad refinadísima. Y por eso, hasta los colores se inflaman de cualidades inéditas. Y los cipreses negruzcos que forman una teoría de acentos en el curvo camino de acceso al Generalife son, así, una serie de hondos acordes que preludian la dulce melodía de los jardines a los que luego se accede.

Y en el frondoso parque que rodea a la Alhambra, el canto de los pájaros es una armonía que afina y levanta el denso espectáculo de la arboleda perfumada.

Así se aconsonanta con el brevísimo jardín de Daraxa, encerrado como una gema entre los muros del palacio. Y la búsqueda de libertad hacia lo alto, que denuncian los cuatro cipreses centrales, no presume drama sino acorde musical.

El ejemplo se sucede en los cármenes de Albaicín y la Alhambra. Un cierto empaque antiguo da tono de señorío a estos espacios particulares que se quiebran en terrazas y se vitalizan con cielo, agua y flor cambiantes. La vieja casa de Manuel de Falla comanda, pese a su modestia, en medio de estas armonías complejas. Y tiene derecho a hacerlo.

En el Alcázar de Sevilla o en el Parque de María Luisa —dos concepciones bien dispares— el espacio se abre y hace libre. En estos jardines ya no hay incitación a introvertese, como en los cálidos rincones de Granada. Por el contrario, hay un recogimiento del bullicio ciudadano que induce a la comunicación íntima, tal como ocurre en ese particularísimo francesismo del Buen Retiro de Madrid. Hay aquí una poesía algo estentórea, un vibrante agitar, un amoroso contenido que se vuelca activamente en la organización cortesana de la naturaleza.

La geometría está presente en las avenidas y caminos, en las masas arboladas y en los macizos de flores, pero sin jerarquizarse en la grandeza que le es posible.

Y así, el número y la línea se hacen amables, accesibles y humanas.

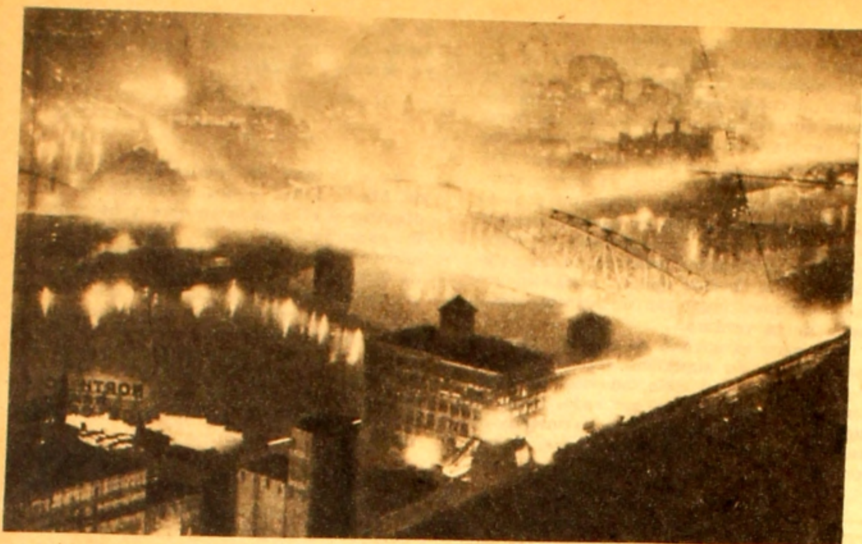
El jardín, pues, no se impone al hombre sino que se amolda a él, no obstante, su artificiosidad sin empacho; y posiblemente debido a ella, pues cuando lo compuesto por el hombre habla abiertamente de su intervención, nos hace partícipe de ello, nos asoma implícitamente a la obra. Y en ese momento es cuando entra a regir, para la apreciación, la emoción posible, la inclinación natural en aquél que se pone en relación con esos jardines, tal como expusimos más arriba.

Y en este punto, ya de nada valen las descripciones, ni las fotografías; pues todos los sentidos son necesarios, en complejo, para el juicio.

Fernando GARCIA ESTEBAN.
(Especial para EL DIA).



El pequeño Trianón, con el "hameau" de María Antonieta.



Perspectiva del llamado "Triángulo de oro", en la Ciudad de Pittsburg, donde se reflejan los valores millonarios de la producción del acero.

NUESTRA EPOCA

EL VALLE INDUSTRIAL

EN repetidas ocasiones, hemos intentado reproducir en la imaginación, el paisaje en forma y color, que antaño debían presentar los territorios que hoy constituyen el Valle Industrial.

Seguramente deben haber configurado tierras de suaves y verdes ondulaciones que se extendían hacia el Norte, a las costas bajas de los cinco Grandes Lagos, — del Michigán al Hurón — en la frontera con Canadá.

Como presagio de su enorme dinámica, el dilatado valle fué forjado por poderosas fuerzas geotectónicas, y de los hielos de las regiones árticas, se desprendieron gigantescos heleros, modelando en su avasallador descenso, un valle de millones de kilómetros cuadrados, trazando en él, como con un inmenso buril, el cauce del Missisipí — el Padre de las Aguas — er carrera de los Grandes Lagos al Golfo Méjico, en más de cuatro mil kilómet marginado por bosques y pantanos, en ancho cauce arenoso, que limita al O el Valle Industrial.

Por aquella ruta de los Grandes La y del Missisipí, penetró el pabellón Francia en el año 1535, empuñado por J ques Cartier, que jalonó el camino más tarde siguieron Joliet y Cavalier La Salle, descubriendo los dilatados ho zontes del Valle del Missisipí, en la gión central de Norte América, donde establecieron los primeros núcleos que d putaron al piel roja, el derecho territori

"El hombre no pisó nunca tierra m hermosa", acotaba Hudson en 1609, p que desde ese escenario inmenso, surgía panorama de las nevadas crestas de la gr división continental, y los inmensos bo ques milenarios de las Rocosas, el esp jeante desierto del Sudoeste, y las verd y ondulantes colinas de Nueva Inglaterra

Aquel gigantesco valle mostraba en Missisipí, el eje de su futura evolución, el cauce de su escondida potencialidad, el Viejo Río, que inspiró al indio la a cendencia de una misteriosa potencia, aho gó en sus turbias aguas a Hernando d Soto, que de las rutas del Sur, era el pr mer conquistador que había admirado s paisaje y en el rodar de sus tumultuosa aguas, es símbolo de la dinámica de l Naturaleza en el pasado, y de la dinámica del Hombre en el presente.

Muchas veces pretendimos reconstruir la antigua conformación estática de aquellos territorios, que enmarcado entre los Grandes Lagos, el Missisipi y Ohio, y la cadena montañosa de los Apalaches, sobre el litoral atlántico, limitan al Valle Industrial — en una acepción mundial — enclavado en los Estados Unidos de Norte América.

Acaso en nuestra imaginación surgieron las siluetas de los primeros colonizadores ingleses, que se establecieron en el litoral atlántico — en Nueva Inglaterra — donde llegaron en una fría mañana de diciembre de 1620, en la pequeña embarcación "May Flower", desafiando en un azaroso viaje las furias oceánicas, y aquel puñado de emigrantes de viril carácter, de pensamiento justo y honrado, con acabado concepto de la libertad, y dignidad humana, eran impulsados por la fe hacia un continente desconocido.

De ese primitivo núcleo de puritanos, surgieron los primeros pobladores del futuro Valle Industrial, cuando sus hijos se adentraron más allá de las montañas de los Apalaches, hacia nuevas tierras, y los graciosos bosques de abedules, tilos y robles, han debido ver desfilar las solitarias caravanas, impulsadas a lo desconocido, acechadas por el piel roja, defendidas por los fusiles que de la Vieja Inglaterra trajeron sus mayores.

Y más allá, el inmenso valle, extendido en verdes praderas, casi sin árboles, inerte, sin pobladores, como si el Viejo Río en su dilatado cauce, presidiera como un dios, el paisaje que se dora con el sol del verano, que en invierno se viste de blanco sudario.



Vista del canal y esclusas de navegación que comunican los Grandes Lagos, po



Los rascacielos de la Ciudad de Detroit, señalan la riqueza de aquella zona del Valle Industrial, dedicada a la construcción de autos.

Y así en los años... Hasta que un día, ırgieron de las entrañas de la tierra del 'alle Industrial, el hierro y el carbón, el etróleo, el plomo y el cobre en inmensas ıntidades que atesoraban as verdes y onılantes tierras del Valle del Missisipi.

Se vivían momentos inquietos en la miıd del siglo XIX: la Revolución Indusial se encontraba en pleno desarrollo y ı aparición de los primeros telares mecáicos y de la máquina de vapor de Watt, abían estructurado un nuevo panorama en ı evolución humana.

Y al unísono, con la liberación de sus ıás pesados trabajos manuales, se extenían las máquinas, y los motores creaban l potencial con que un nuevo mundo se ncaminaba hacia mejores destinos.

El acero y la electricidad señalaban un celerado ritmo y ensanchaban los horizones a la creciente producción, y eran la ase de nuevas formas económicas y soiales.

Pero las tierras de América estaban enrentadas a otros problemas vitales; se esructuraba en esos instantes la unidad naional, que en los Estados Unidos se reflealba en una dolorosa guerra interna, el Norte contra el Sur, el nuevo concepto de ibertad y justicia, frente a los valores nuertos del pasado, a la esclavitud. Y duante cuatro años se derramó generosa angre para asegurar la estructura nacioıal, que surgió como un p.óximo amaneer en los dictados de la Democracia.

Y cuando aquella guerra finalizó, se prolujo un hecho inusitado, como si se huiera estado aguardando ese instante para mprender un destino histórico; los grupos olonizadores del litoral atlántico, iniciaon una marcha hacia el Oeste, y por las utas del Noite de los Grandes Lagos, o iguiendo el valle del Ohio, o de afluencia lel Sur, desde Virginia, se precipitaron ai Valle Industrial, como respondiendo al llaıamiento de la tierra, siempre más allá, reando la vida, edificando las cabañas con os troncos recién talados, roturando las ierras vírgenes, en medio de la soledad v ombra del indio.

Y en el mismo instante que era asesiıado Abraham Lincoln en el año 1865 — l conductor de la nación durante la guera civil — que había nacido en tierras lel Valle Industrial, se manifiesta la vida n aquellas tierras de promisión.

Y las columnas humanas no tenían fin ıi destino. Algunas seguían más allá, escaan los senderos de las Montañas Rocosas, ıtraídos por el oro de California, mientras que en los puertos del Atlántico, los baros descargan incesantemente contingentes ıumanos, que totalizan treinta y cinco milones de inmigrantes en un siglo — de 1814 a 1914 — en la marcha por las rutas del Oeste.

Y al Valle Industrial llegaron primero los descendientes de los puritanos, después se agregan alemanes, franceses, italianos, latinos y eslavos, que empuñaron las herramientas y abrieron las galerías de las minas de hierro y carbón, edificaron fundiciones y talleres, y surgió en el maravilloso paisaje, donde hacía pocos años sólo la correría fugaz del indio era el signo de vida, las nuevas ciudades, con sus rascacielos, sin transición urbanística.

Aquel movimiento humano arrastró tras de sí, los ferrocarriles y los caminos, va en el año 1863 se prolongaban las vías más allá de Pittsburg y Búffalo, hacia San Luis y Chicago, y los caminos fueron señalando los cauces del movimiento, y como una eclosión surgió la vida en esos territorios, desde la misma entraña de la tierra, con un ritmo impetuoso.

Ya no era el tranquilo paisaje del ondulante y verde valle, porque el humo de las fábricas y talleres, que se agrupaban por kilómetros junto a las vías férreas, envolvían el paisaje, y en los puertos del gran sistema fluvial de los Lagos y el Missisipi, las sirenas de los barcos y el silbato de las locomotoras, repetían su eco en los dilatados planos azules de las aguas, mientras en el Valle del Ohio, los altos hornos volcaban el acero fundido como en un río, en Pensilvania brotaba generosamente el petróleo, todo parecía como un gigantesco rechinar de poleas y entrechocar de hierros, de acumular riquezas y forjar fortunas en aquellos anónimos emigrantes, mientras surgían en el paisaje las ciudades en dimensión horizontal y vertical, como Chicago, a orillas del Lago Michigán, que en el año 1870 tenía cuatro mil habitantes, y hoy registra cuatro millones, que muestran orgullosos sus monumentales bibliotecas, museos, hoteles, con la dinámica de sus veinticinco líneas férreas troncales, que arrojan diariamente a la ciudad, doscientos cincuenta mil pasajeros. Detroit, entre los Lagos Hurón y Erie, que surgió de la nueva industria del automóvil, de principios del siglo, con sus grandiosas fábricas que producen un auto cada minuto, entre cuyos rascacielos y avenidas late una gran masa obrera que señala el ritmo de la ciudad. Pittsburg, donde el sol se oculta por el humo de sus fábricas y fundiciones de acero — Akron, la ciudad del caucho; Dulhut, que produce carbón; Colombia, Dayton, más allá Cleveland y Toledo, como pilares del avance tumultuoso en el Valle Industrial.

En menos de cincuenta años se transformó en la región más poderosa de la tierra, mientras un inmenso tráfico de barcos de todo tonelaje, surcaban sus Grandes Lagos, y los canales artificiales con esclusas, que los comunican en sus distintas alturas. El canal Paul - Ste. Marie, con más tránsito que el de Panamá; el canal del Erie, o por el sistema del Missisipi, se movilizan millones de toneladas de minerales, combustibles, productos manufacturados, hacia todos los rumbos, continentales, mientras veinte millones de obreros impulsan la producción del Valle Industrial.

Hasta que en el año 1929 todo pareció derrumbarse; aquel crecimiento vertiginoso, aquella eclosión industrial, entró en profunda crisis, se acallaron las labores en las galerías de las minas, paró el movimiento de los motores, y doce millones de obreros desocupados, marcaron un inquietante rumbo de desesperanza.

Los valores económicos habían crecido sin ninguna limitación social, había que hacer un alto en la marcha y rever, en doloroso proceso, las directrices de la nueva acción.

Y se reedificó el Valle Industrial, hubo más justicia social en sus fundiciones y en sus talleres, la economía mejor equilibrada, sin el egoísmo de los grandes consorcios financieros, permitió restañar heridas, y poner en marcha otra vez la dinámica del Valle Industrial.

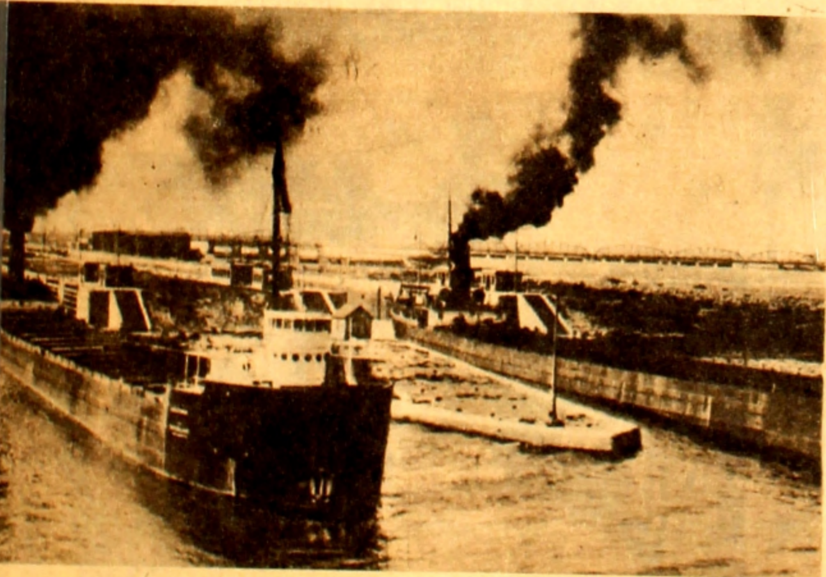
Y cuando llegó el momento decisivo para la humanidad, en su lucha cruel, con quienes pretendían sojuzgarla con regímenes totalitarios, un resplandor iluminó el Valle Industrial, y de allí surgieron los tanques de guerra, aviones y autos, buques y cañones, que aplastaron a los que ignoran que en el inmenso crisol del Valle Industrial, donde se forja el acero y se opaca la atmósfera con el humo de las industrias, se había realizado el milagro de haber estructurado un nuevo crisol de la Humanidad, que sabía de libertad y de justicia, porque vive en pleno goce de la Democracia.

Ingº José L. ***BUZZETTI.***

(Especial para EL DIA).



Aspecto de la Ciudad de Chicago, la más importante del Valle Industrial, mostrando el edificio de la Cámara de Comercio, coronado por una estatua de la diosa Ceres.



...londe circula un tránsito fluvial superior a los del Canal de Panamá o Suez.



Acto de la jura de la bande[...] el "Día de Artigas" por los e[...] colares de la Escuela Paragua[...]

Actos de homenaje a ARTIGAS



Uno de los muchos actos de homenaje al prócer, realizado ante la estatua erigida frente al Banco de la República, fué el tributado por el Club de Funcionarios de aquella institución.

En la Escuela Industrial.





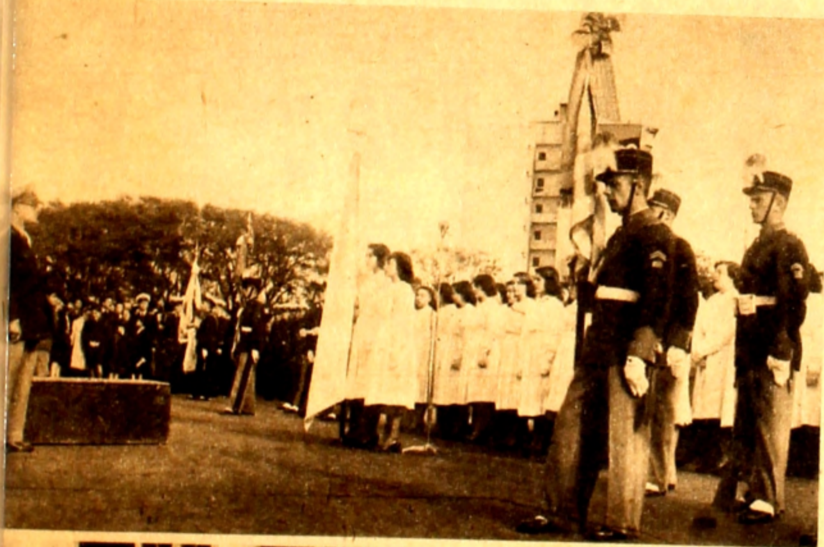
Representantes de la colectividad argentina, al pie del monumento al Gral. Artigas.



En la Escuela Artigas



Ante el Obelisco, monumento a los Constituyentes, en el acto de plantarse el roble simbólico en homenaje a Artigas.





En el Colegio "Elbio Fernández", durante el acto ceremonial.

Homenaje a ARTIGAS en Villa del Sauce



Autoridades que ocuparon el palco oficial durante el desfile militar en Villa del Sauce, con la bisnieta de Artigas.



Escuela Naval, que encabezó el desfile militar.



Escuela Militar.



Escuela Militar de Aeronáutica.



Centro General de Instrucción de Oficiales de Reserva.

TARZAN

Por Edgar Rice Burroughs







